

Newton Compton Editores

Título original: *Miracle*

© 2026, Integr8 Communications Limited and JRoots Limited

© 2026, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-41-3

Código IBIC: FA

DL: B 16.711-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Rafael Medel López

Impreso en enero de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Michael Calvin
con Naftali Schiff

Milagro en Auschwitz

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Como un hombre judío y otro no judío
que comparten una historia de esperanza
y resiliencia en los momentos más tenebrosos,
dedicamos este libro a nuestros nietos.
Que las enseñanzas del pasado les sirvan
para construir un futuro mejor.*

No hay superviviente que no experimentara
absolutos milagros.

YAAKOV YOSEF WEISS

Introducción

El carácter sagrado de la memoria

Sentado sobre los cojines grises del banco de una ventana salediza en el último piso de su casa de Londres, un hombre ciego entona canciones sobre el pasado mientras sigue el ritmo con el pie izquierdo. Hershel Herskovic está a punto de cumplir noventa y ocho años, pero, cuando echa la cabeza hacia atrás y sonríe mostrando todos sus dientes, su expresión se suaviza y exuda el espíritu del niño rebelde y travieso que fue en su día.

Naftali Schiff, uno de los principales compiladores mundiales de testimonios del Holocausto, se inclina hacia él, como atraído por el campo gravitatorio del anciano. Yo me encuentro a la derecha de ellos, sentado en el borde de un sofá de dos plazas, y hago preguntas que responde con una mezcla de yidis e inglés, de júbilo y tristeza, de reflexión y apremio.

En esta calurosa tarde de junio de 2024, mientras el sol se cuele a través de los visillos y proyecta motas de luz sobre la alfombra color mostaza con motivos geométricos, ambos somos conscientes de estar tocado la historia con nuestras propias manos. A Naftali le ha costado casi veinte años llegar a este momento, en el que está a punto de confirmar los detalles del último y gran relato del Holocausto que queda por contar.

Naftali cree que Hershel es el único superviviente que queda con vida de los cincuenta y un chicos que en 1944

se salvaron de la cámara de gas de Auschwitz-Birkenau en Simjat Torá, uno de los días más festivos del calendario judío, que ese año cayó en 10 de octubre. Da que pensar que algo tan alentador, tan milagroso, pudiera suceder en medio de una maldad tan superlativa, y al mismo tiempo resulta inspirador. Hershel lo considera providencial.

Hungría era la última frontera de la Solución Final. Hitler se vio obligado a esperar un año antes de que los planes de su campaña de exterminio en dicho país se pusieran en marcha, entre mayo y julio de 1944. A pesar de estar a punto de perder la Segunda Guerra Mundial, durante esos meses se deportó a Auschwitz-Birkenau a alrededor de cuatrocientos veinticuatro mil húngaros, mientras que en la segunda mitad de ese año ciento cuarenta mil más fueron asesinados. En Budapest, los alemanes fusilaron a miles de personas en las orillas del Danubio y luego arrojaron sus cuerpos al río.

Heinrich Himmler, el principal arquitecto del Holocausto, impuso a la estructura de mando de Auschwitz un objetivo mínimo de cinco mil muertes al día y, aunque es difícil encontrar registros con las cifras exactas, se cree que en el punto álgido del programa de exterminio se asesinaba diariamente a unas veinte mil personas. Los cuatro hornos crematorios funcionaban de manera ininterrumpida y también se incineraban cuerpos en fosas al aire libre.

Ochenta años después, en esa habitación de Londres con las paredes cubiertas de libros de las sagradas escrituras encuadernados en cuero y escritos en braille, Hershel Herskovic compartiría con nosotros una reflexión teñida por el aplastante peso de la desolación:

que «los alemanes estaban decididos a no dejar con vida a ningún judío».

Hershel era uno de los ochocientos judíos húngaros, con edades comprendidas en su mayor parte entre los trece y los diecisiete años, a los que veinticinco oficiales de las SS armados con bayonetas llevaron al horno crematorio n.º 5. Una vez allí, los obligaron a desnudarse y luego los reunieron dentro de la denominada «casa de baños», ubicada en un campo convertido en matadero en el que alrededor de un millón de judíos, así como otros ciento veinte mil «indeseables», pasaron sus últimos momentos de vida en medio de una agonía inimaginable.

Es impensable que las víctimas se libren de la horca una vez tienen la soga alrededor del cuello y, sin embargo, ese es el equivalente de lo que les ocurrió a los cincuenta y un chicos que resurgieron de allí. El *Sonderkommando*, compuesto por prisioneros judíos que retrasaban su propia ejecución encargándose de recoger los cadáveres, machacar los huesos y dispersar las cenizas, había cerrado los respiraderos. El doctor Josef Mengele, el Ángel de la Muerte, estaba preparado para supervisar cómo soltaban en la cámara las cápsulas de cianuro de hidrógeno Zyklon B.

Las pesadas puertas de entrada estaban a punto de cerrarse cuando tres oficiales alemanes, entre ellos Heinz Thilo, otro infame médico de las SS, llegaron en sus motocicletas y ordenaron la evacuación de la cámara de gas. Luego escogieron a cincuenta chicos para que descargaran y plantaran un cargamento de patatas que había llegado desde Grecia a un apartadero de las vías del campo.

Los hicieron formar en hileras de a cinco de manera tan apresurada que los guardas no se percataron de la

presencia de un chico de más, que se había escondido en un montón de ropa desechada antes de incorporarse subrepticamente a la fila. Cuando les ordenaron que se vistieran con presteza con la ropa de ese mismo montón, Hershel lo hizo con tantas prisas que cogió dos zapatos del pie derecho.

A aquellos de sus compañeros que no habían tenido tanta suerte los metieron de nuevo en la cámara para que se enfrentaran a su destino. Las últimas palabras que escucharon las pronunció el *Obersturmführer* de las SS Johann Schwarzhuber, el oficial que supervisaba el programa de gaseamiento y al que más adelante ejecutarían por crímenes de guerra. Yaakov Yosef Weiss, uno de los chicos indultados, jamás olvidaría el veneno que rezumaba su voz al decir: «*Werfen sie in den ofen*» [«Arrojadlos al horno»]. Un chico prefirió suicidarse y se lanzó sobre la valla electrificada.

Esta es una historia de contrastes y contradicciones, de esperanza y horror, de fe, destino y fortaleza. En ella se reflejan tanto la crueldad más inhumana como la bondad más humana y se plantea la cuestión de qué hará nuestra siguiente generación con la segunda oportunidad que le ha dado la vida. En una época de negacionismo y desinformación, esta historia hace hincapié en el carácter sagrado de la memoria.

Es un cruce entre una obra de teatro con tintes morales y un relato detectivesco y tiene como piedra angular la única instancia documentada en la que a un grupo de prisioneros judíos lo sacaron de la cámara de gas y le dieron la oportunidad de vivir. Incluso para alguien tan versado en el folclore del Holocausto como Naftali, el dramatismo de la historia lo «alcanzó de lleno en la cara, como un puñetazo».

Eva *Bobby* Neumann, uno de sus contactos originales entre los supervivientes, fue la primera en hablarle de la leyenda de los cincuenta y uno a finales de los años noventa. Afincada en Mánchester, Neumann continúa proporcionando una perspectiva sobre sus experiencias en Auschwitz-Birkenau que fomenta la reflexión. Aun así, Naftali no tenía la intención específica de narrar la historia de aquellos muchachos.

Como rabino, líder de la comunidad y educador, su principal motivación a la hora de recabar cientos de testimonios de supervivientes radicaba en proporcionar un vínculo con la siguiente generación. Su propósito era influir en esta a través de las reflexiones de aquellos que se habían enfrentado al mal absoluto, las cuales planteaban una profunda reflexión que adquiere una relevancia renovada en una época de creciente antisemitismo.

«Ser judío es complicado –reflexionaba–. La generación posterior al Holocausto se dio cuenta de ello. En su deseo de prosperidad durante la segunda mitad del siglo XX, muchos judíos sintieron que se habían ganado el derecho a educar a una generación en la comodidad y el placer, así que no es de extrañar que perdieran su religión por el camino. “¿Dónde estaba Dios en Auschwitz?”, se preguntaban. A mí me fascinaba la posibilidad de entender por qué algunas personas que estuvieron allí, que vieron cómo asesinaban a sus familiares y amigos, querían recuperar su fe o incluso vivir una existencia moralmente virtuosa».

La cuestión es tanto sociológica como teológica y alude a la esencia de lo que nos hace humanos y a la importancia de las raíces. El tiempo es tiránico; poco a poco, las voces del Holocausto se van acallando y por ello es

imprescindible capturarlas para las generaciones futuras antes de que se silencien por completo.

Como persona no judía, siento una especial responsabilidad por proteger la autenticidad de la memoria. Cuando uno se sienta a hablar con estos hombres y mujeres en el ocaso de su vida, ve que no tienen nada que esconder. Si les caes bien, te lo contarán. Si te consideran impertinente o superficial, no disimularán sus sentimientos.

Conocí a Naftali cuando me presentó a Josef Lewkowicz, un superviviente de seis campos que, con posterioridad, dio caza a Amon Göth, comandante del campo de concentración de Płaszów y uno de los mayores monstruos de la Segunda Guerra Mundial. Colaborar con Josef en sus memorias sobre el Holocausto sigue siendo una de las experiencias personales y profesionales más gratificantes de mi vida.

Me identifico mucho con Naftali cuando describe a los supervivientes como los mejores profesores debido a su extrema humanidad. Han mirado a la muerte a los ojos y han escapado de sus garras. No les da miedo vivir la vida ni transmitir esa libertad a sus hijos, nietos y bisnietos.

Hablando de ellos, los familiares de los supervivientes cuyos relatos de fortaleza vividos en primera persona se entretajan a lo largo de este libro ascienden a más de mil. Todos deben su existencia al destino: si esos hombres de las SS hubieran llegado en sus motocicletas un minuto después, no existirían.

Los cincuenta y un chicos eran el fruto de una educación ultraortodoxa y estaban modelados por la disciplina heredada de su fe. Seguiremos su vida desde la infancia, pasando por su encarcelamiento y tragedia, hasta su

renacimiento, vida adulta, vejez y muerte. El celo de las indagaciones de Naftali, así como su afinidad con los sujetos, eleva sus largas y prósperas vidas más allá de los susurros y los mitos.

Naftali dirige un conjunto de organizaciones benéficas desde dos edificios de oficinas en el norte de Londres. En uno de ellos organiza programas educativos para sesenta y cinco escuelas y veintitrés universidades, que incluyen visitas a los campos de concentración por parte de grupos de jóvenes y líderes becados. Desde el otro supervisa programas de apoyo y ayuda a la comunidad y dirige un centro de estudio.

La última vez que acudí allí, un día gris de finales de la primavera de 2005, la planta baja se había cedido a un banco de alimentos que daba de comer a mil setecientos miembros de la comunidad local. El primer piso estaba dedicado en exclusiva al estudio de los textos judíos; mientras escribía este libro, a menudo evoqué el recuerdo de dos jóvenes inclinados sobre un pequeño escritorio, uno frente al otro y con las cabezas separadas por centímetros, que discutían con entusiasmo sobre la importancia y el significado esencial de los textos que tenían delante.

Tiraban de los hilos de su fe de la misma manera que nosotros tiramos de los hilos de la historia. Naftali se reconcentra rezando tres veces al día, pero su devoción no es introspectiva ni arcaica. Los valores que fomenta dentro de su organización –empeño, autenticidad, equilibrio, altruismo, humildad, pasión, relevancia, responsabilidad, confianza y unidad– son universales.

Cuatro de los primeros cinco supervivientes a los que encontró del grupo de cincuenta y un chicos –Yaakov Yosef Weiss, Chaim Schwimmer, Wolf Greenwald y

David Dugo Leitner— ya han fallecido. Su legado consiste en una serie única de entrevistas grabadas en las que detallan sus experiencias en Auschwitz-Birkenau, así como sus enseñanzas vitales posteriores.

Sus recuerdos se refuerzan con las declaraciones de los testigos Avigdor Neumann y Yisroel Abelesz, otros dos chicos judíos húngaros que salieron con vida de los campos, así como con las observaciones de primera mano de Yosef Zalman Kleinman, el más joven de los ciento diez testigos del juicio a Adolf Eichmann, que se celebró en Jerusalén en 1961.

Los recuerdos de Kleinman son vívidos, emocionales sin ser recargados. Durante la epidemia de COVID encarnó la resiliencia innata de los supervivientes al posar para una serie de fotografías en la estrecha puerta de su piso de Jerusalén, ataviado con una gorra de prisionero y una chaqueta a rayas con su número de Auschwitz, el 114968, sobre el corazón.

En algunas de ellas sostiene una fotografía de su familia extensa, que simboliza la promesa del futuro, mientras que en otras aborda las preocupaciones contemporáneas con una nota en la que se lee: «Lo superaremos». Naftali entrevistó a Kleinman en Israel en agosto de 2020, antes de su fallecimiento a los noventa y un años en mayo de 2021.

La recopilación de testimonios no es una ciencia exacta, ya que los recuerdos son individuales por naturaleza. Cuando un hombre mayor cuenta sus experiencias, la memoria puede ser selectiva y la belleza está siempre en el ojo de quien mira. Sin embargo, en sus reflexiones hay una innegable hebra dorada de autenticidad.

Yaakov Yosef Weiss, oriundo de Szilágysomlyó, localidad que cambió su nombre por el de Șimleu Silvaniei

tras pasar de manos húngaras a rumanas en 1944, fue el primero de los cincuenta y un chicos al que Naftali localizó. Fue a su casa de Mánchester dos días antes de Yom Kipur, el Día de la Expiación, a finales de septiembre de 2007.

–¿Quién es? –tronó por el interfono una incorpórea voz ronca después de que Naftali llamara al timbre–. ¿Qué quiere?

Naftali, un alumno aventajado en el arte de la improvisación, contestó que su rabino lo había enviado a buscar a Weiss «porque cualquiera que tenga un número [un tatuaje de Auschwitz] y lograra salir de aquel lugar con su fe intacta tiene el poder de otorgar una bendición».

Un hombre alto de figura imponente apareció en el marco de la puerta. Aunque es posible que el atrevimiento del joven despertara la curiosidad de Yaakov, este no accedió a sentarse para una entrevista grabada hasta julio de 2011. Tenía una gran agilidad mental y un conocimiento enciclopédico de las escrituras que contribuía al debate filosófico, pero era poco dado a las proyecciones personales.

Weiss se comportaba con una dignidad natural, irradiaba una fe indómita y hablaba con claridad convincente y en un tono medido e inalterable, pero era su presencia física la que dejaba una huella duradera. Lo apodaban «Tarzán» y desprendía una inconfundible aura de autoridad. Era un rabino muy respetado en su comunidad y tenía la confianza en sí mismo de los supervivientes, así como un punto de vista adquirido a base de dolor.

«En el campo te das cuenta de quién tiene buen carácter y quién está podrido por dentro –reflexionaba–. He visto

a millonarios arrastrarse por un mendrugo y he visto a personas inteligentes reducidas a la estupidez».

Weiss falleció el 30 de octubre de 2013 a los ochenta y dos años. No fue hasta noviembre del año siguiente cuando otros dos de los cincuenta y un muchachos, Wolf Greenwald y Chaim Schwimmer, fueron localizados en las comunidades judías de Nueva York. Vivían a cuatro manzanas de distancia uno del otro, en el distrito de Borough Park, en Brooklyn.

A pesar de la hondura de su experiencia compartida, no estaban especialmente unidos. Wolf nunca asistió al Seudat Hodaya, una comida anual de gratitud que Chaim celebró durante casi sesenta años en la sinagoga Satmar, en la calle 52, para conmemorar el aniversario de su salvación de la cámara de gas. Su intención no era desairar a Chaim; simplemente, las prioridades de Wolf eran distintas.

Wolf acababa de cumplir catorce años cuando lo transportaron a Auschwitz-Birkenau desde Hajduhadhaz, una ciudad ubicada en la Gran Llanura Septentrional de Hungría. Tras la liberación del campo, decidió dedicar su vida a educar a las generaciones venideras. Venerado por su compromiso con la comunidad, fue director de una escuela religiosa en Borough Park durante cincuenta y cinco años.

Muchos de sus doce hijos se hicieron profesores, lo cual garantizó el legado educativo de la familia. Como a la mayoría de los cincuenta y uno, a Wolf lo habían educado para honrar los valores que le había inculcado su madre, de la que lo separaron al llegar a Auschwitz.

«La mejor manera de enseñar es dando ejemplo –insistía–. Mi madre se habría quedado sin comer para dárselo a los pobres. En mi familia no éramos ricos, pero,

cuando veía a un hombre pobre, ella lo invitaba a casa y le daba dos rebanadas de pan con mantequilla. No pude despedirme de ella. Son incontables las personas cuyas almas acabaron en el crematorio. En aquel sitio te sentías muy solo».

Para Naftali, las piezas del dominó empezaron a caer cuando Chaim comentó que su primo Hershel Herskovic, que vivía en Londres, era otro de los cincuenta y uno. Tanto este como su hermano menor, Yisroel, que había escapado del centro de detención la noche antes de su ejecución, eran originarios de Munkacs, una enrucijada comercial de la región de Transcarpacia que ejemplificaba la agitación de la época.

La ciudad formó parte del Imperio austrohúngaro hasta el final de la Primera Guerra Mundial y en 1920 se incorporó a Checoslovaquia. La anexión de los Sudetes por parte de los nazis en 1938 llevó a los fascistas húngaros a tomar el control de Munkacs hasta 1945, cuando se convirtió en parte de Ucrania occidental con el nombre de Mukáchevo.

Quizá como era de esperar, la comunidad judía de la ciudad estaba muy arraigada y era autosuficiente. Antes de la huida en pos de la libertad de Yisroel, que saltó del tejado de su barracón y se refugió con un grupo de prisioneros de guerra rusos, los tres chicos habían sido inseparables en el campo. Chaim y Hershel entraron juntos en la cámara de gas, decididos a afrontar la muerte tan unidos como en vida.

Más adelante, Hershel le salvó la vida a Chaim en dos ocasiones. Chaim no habría sobrevivido a la marcha de la muerte inicial tras la evacuación de Auschwitz-Birkenau en 1945 de no ser por su primo, que metió las manos de Chaim en los bolsillos de su propia chaqueta

para llevarlo a rastras. Ambos sabían que un tropiezo equivalía a la muerte.

Sin embargo, su calvario no había hecho más que empezar. Al llegar al campo de concentración de Mauthausen, se vieron obligados a vivir en tiendas de campaña durante dos meses desde principios de febrero, con unas temperaturas gélidas. Tras una segunda y extenuante marcha de sesenta kilómetros hasta Gunskirchen, durante la cual murió alrededor de una cuarta parte de los veinte mil prisioneros, a Chaim apenas le quedaba un hilillo de vida.

Hershel recuerda vívidamente la compasión reflejada en la mirada de sus liberadores estadounidenses, que llegaron a principios de mayo. «Chaim estaba muy enfermo. Ya no podía caminar y los ojos casi se le salían de las órbitas. Yo estaba tan agotado que no podía ni pensar. Al vernos, menearon la cabeza. Saltaba a la vista que pensaban que era imposible que sobreviviéramos».

Chaim continúa con el relato: «Yo tenía tifus y, cuando nos liberaron, llevaba cinco días tendido en el suelo de una vieja cabaña en el bosque, inconsciente. Mi primo creía que estaba a punto de morir y les suplicó a los estadounidenses que me llevaran al hospital. Estos accedieron y, una vez allí, las monjas me cuidaron. Yo estaba infestado de piojos, que me quitaron con varas de acero. Una vez me hubieron lavado, dormí durante dos días y, al despertarme, era un hombre nuevo. Fue una suerte de intervención divina».

Tras una estancia breve en Francia e Inglaterra justo al finalizar la guerra, como parte de un programa de reubicación de huérfanos, Chaim se mudó a Montreal y vivió en Canadá durante veintinueve años, como dueño de

una próspera empresa de papelería, antes de trasladarse a Nueva York. Cuando murió en Brooklyn a los noventa y cuatro años, en mayo de 2024, tenía cinco hijos varones, cincuenta y tres nietos, y alrededor de doscientos bisnietos.

Los supervivientes suelen ser personas complejas y multidimensionales, porque son el fruto de una época compleja y multidimensional. En términos emocionales, a menudo son como icebergs: una presencia poderosa con un atisbo de lo desconocido, dado lo mucho que se esconde bajo la superficie.

Aunque el apellido oficial de Hershel es el de su madre, Herskovic, en una entrevista concedida en julio de 1997 en Londres a la Fundación para la Historia Visual de los Supervivientes de la Shoah, creada por Steven Spielberg, se refiere a sí mismo como Solomon Taub, el apellido de su padre, que fue el que adoptó su hermano menor, Yisroel.

Tal peculiaridad era habitual en el marco del clima de cambio social, cultural y geopolítico de zonas como la de Munkacs. Los padres de Hershel se casaron en una ceremonia religiosa, pero el Estado nunca reconoció su unión debido a los orígenes gáulicos de su padre. En esas circunstancias, las familias utilizaban a menudo el apellido materno. Era también una estrategia prudente ante la difícil situación de su padre, que en aquella época permanecía escondido debido al peligro de que lo deportaran a Polonia. En el breve interludio de optimismo de la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, cuando Munkacs pasó de control checoslovaco a yugoslavo, Yisroel sintió que era seguro adoptar el apellido paterno, Taub.

A lo largo del libro, seguiremos refiriéndonos a él

como Hershel Herskovic. El carácter sorprendente de este proyecto se manifestó poco después de que lo conociera cuando leí por casualidad un artículo de la Jewish Telegraphic Agency de octubre de 2011 gracias al cual descubrí que él no era el único superviviente de los cincuenta y uno que seguía con vida. En la columna de Hillel Kuttler, «Buscando allegados», se relataba la historia de Mordechai Eldar, que vivía en Herzliya, en el litoral central de Israel, y que tras buscar a otros de los indultados de Simjat Torá se había puesto en contacto con uno, Mordechai Linder, justo antes de la muerte de este en el verano de 2011.

Eldar se reunió con otro superviviente, David *Dugo* Leitner, pero fue en 2015, tras la publicación de otro artículo sobre el tema, cuando los acontecimientos se precipitaron. Eldar recibió dos correos electrónicos en una semana. El primero era de Isaac Schwimmer, el nieto de Chaim, que también mencionaba a Wolf Greenwald, el abuelo del cuñado de su mujer. El segundo era de Harry Ullman, que vivía en Londres y, además de ser amigo de Hershel Herskovic, también había conocido a Yaakov Yosef Weiss. Tanto Chaim como Hershel y Wolf confesaron no conocer a Eldar y, aunque ninguno estaba al corriente de su búsqueda, sus recuerdos de lo que este denominó de manera llamativa una «emocionante» experiencia compartida, porque como algo «emocionante es la única manera de describirla», les parecieron nítidos y auténticos.

Eldar también había participado en la segunda marcha de la muerte a Guns kirchen, desde donde, debilitado de manera crónica por el tifus, los estadounidenses lo llevaron a un campo de refugiados. Después regresó durante un breve periodo de tiempo a su ciudad natal, Câmpulung

la Tisa, en Transilvania, donde las únicas supervivientes de una familia extensa de cincuenta personas eran sus hermanas, Ita y Sarah, y una tía. En enero de 1946, se reunió con su hermano Yehuda en Alemania.

Con posterioridad, los cuatro hermanos supervivientes fueron a vivir al nuevo Estado de Israel. Mordechai, sionista convencido, sirvió en las Fuerzas de Defensa de Israel durante treinta años y en combate recibió una herida grave en la cabeza antes de retirarse con el rango de teniente general. Más adelante trabajó como gestor en el campo de construcción y logística y hace poco tuvo a su primer bisnieto.

Cuando le pasé a Naftali los dos artículos relevantes inspirados en su búsqueda, este revisó sus archivos y descubrió, con gran sorpresa, que había olvidado una entrevista grabada que le había hecho a Eldar en agosto de 2023. No costó mucho confirmar que todavía estaba vivo y que jugaba un papel destacado en la educación sobre el Holocausto.

Su gran amigo Dugo Leitner, a quien Naftali entrevistó en Israel en agosto de 2020, era un hombre carismático con un afilado sentido del humor y un optimismo conmovedor. A su muerte a los noventa y tres años en Tisha Be'Av, el día más triste del calendario judío, en julio de 2023, se consagró como un tesoro nacional.

El cariño hacia Leitner se debía en gran parte a su ritual anual consistente en comer falafel el 19 de enero, el día que emprendió la marcha de la muerte desde Auschwitz a comienzos de 1945. Los comía porque le recordaban a las *bilkelach*, las bolas de masa marrón dorado que preparaba su madre, a la que habían gaseado a las pocas horas de que la familia llegara al campo. Aquel sencillo acto de homenaje tuvo tal impacto que el día de la muerte

de Leitner más de cien mil personas de todo el mundo, entre ellas Isaac Herzog, el presidente de Israel, decidieron comer falafel en honor a su madre y a él.

Como decía siempre Leitner, la esperanza es el mayor regalo.

Prólogo

Muerte anunciada

Una fría y húmeda mañana de octubre de 1944, Josef Mengele, el Ángel de la Muerte, entró en el Bloque 11 del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. No tenía otro motivo para estar allí que su habitual dedicación a los pormenores de su tarea homicida y un perverso orgullo por el impacto que tenía en aquellos a los que ya había condenado.

Unos ochocientos chicos húngaros estaban hacinados en aquel barracón de madera vacío, que medía treinta y cinco por diez metros. Habían retirado las literas después de un brote de escarlatina que había enviado a sus anteriores ocupantes a la cámara de gas y los chicos estaban embargados por una mezcla de terror puro y fascinación morbosa.

Llevaban casi dos días sin comer. Muchos lloraban o rezaban con una intensidad desesperada; otros parecían anonadados. En aquel lugar de esclavitud impuesta por los métodos más brutales, todo en Mengele, desde su actitud altiva hasta su gabardina negra, sus immaculados guantes blancos y sus lustrosas botas, estaba diseñado para intimidar e impresionar. Su presencia proyectaba una sombra siniestra sobre la habitación.

A David *Dugo* Leitner, un chico de catorce años originario de Nyíregyháza, en el noreste de Hungría, le parecía un hombre apuesto e «impecable», con el aura

de una estrella de cine. Yisroel Abelesz, otro muchacho de catorce años oriundo de Kapuvar, un pueblecito húngaro famoso por sus aguas termales, estaba igual de fascinado por la elegancia de su uniforme y su actitud arrogante.

Wolf Greenwald, que estaba a punto de cumplir dieciséis años, lo observó mandar a un subordinado que hiciera un recuento y recordó el momento en el que había bajado dando traspies de un vagón de ganado en la estación, antes de que un oficial le ordenara que se fijara en los dedos de Mengele. Estos se movían desde los nudillos hasta la punta con un movimiento rápido y despectivo. A los condenados se los dirigía hacia la izquierda, mientras que a los que se consideraba aptos para realizar trabajos forzados antes de enviarlos a reunirse con su Creador se los empujaba hacia la derecha. Era un ritual hipnótico, teatral, deshumanizador y mortal.

Con el respaldo pseudocientífico del Instituto de A tropología, Genética y Eugenesia Kaiser Wilhelm de Berlín, Mengele aprovechaba estas selecciones para buscar materia prima para su investigación sobre la pureza racial. El Bloque 11, el primero a la izquierda tras entrar al campo, se había utilizado hasta hacía poco como enfermería, pero en su origen había sido su laboratorio.

En la segunda mitad de 1944 se introdujo un nuevo sistema de numeración. A los gemelos, las niñas de dos a dieciséis años y los niños de siete y ocho los llevaban al Bloque 1, mientras que sus madres permanecían en el 22. A los chicos mayores, los hombres adultos, los discapacitados y los enanos los encerraban en el Bloque 15.

En un primer momento, a los gemelos, los enanos y otros prisioneros con trastornos de salud hereditarios o

específicos de una etnia se les hacía un reconocimiento médico y se los fotografiaba. Se les tomaban las huellas dactilares de manos y pies y se realizaban moldes de yeso de sus bocas, dientes y mandíbulas. A continuación se los mataba mediante una inyección de fenol en el corazón para a continuación proceder a la autopsia y el examen de sus órganos internos. Mengele administraba personalmente inyecciones letales de fenol, nafta, cloroformo o aire.

En aquel momento, el Bloque 11 se usaba como celda de detención para los chicos a los que estaban a punto de llevar al crematorio. Para el infame médico, que había regresado del frente ruso con la Cruz de Hierro y el rango de *Hauptsturmführer* de las SS, los chicos representaban un medio para conseguir un fin: cumplir con el cupo mínimo de cinco mil muertes al día. Eran meras cifras en un registro, los remanentes de los entre tres y cuatro mil chicos judíos húngaros a los que habían transportado a Auschwitz-Birkenau entre el 19 de mayo y el 9 de julio de ese año. El campo, en el que había más de cien mil trabajadores forzados, estaba lleno a rebosar.

Así describía Chaim Schwimmer el ambiente:

Cada vez que veíamos a un alemán, nos embargaba el terror. No te puedes hacer una idea del miedo con el que vivíamos. Éramos conscientes de que solo quedaban unos cuantos chicos, porque ya habían quemado al resto. Por entonces, estábamos todos en el Bloque 23. Cuando nos llamaron para recontarnos, sabíamos la devastación que se avecinaba.

La selección era espantosa. Mengele seleccionaba filas enteras. Apenas miraba a nadie mientras decía: «Venga, venga, venga». Cuando seleccionó a mi fila

para ir al crematorio, la oscuridad cayó sobre mis ojos, impidiéndome ver nada. Tuve que agarrarme a otro chico para no caer al suelo. Sabía que iba a morir y que ya no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir. Tardé unos diez minutos en calmarme y luego nos llevaron al bloque de detención.

Aunque Yaakov Yosef Weiss todavía no había cumplido catorce años, la muerte de su padre cuando él tenía nueve lo había hecho madurar antes de tiempo. Con una fuerza física impropia para alguien tan joven, era un chico considerado y observador, con las ideas muy claras. Incluso en aquellas circunstancias, los demás reconocían en él la indefinible naturaleza de un líder nato. Había sido uno de los primeros en darse cuenta del destino que les esperaba y, como era propio de él, había tomado la iniciativa cuando Mengele ordenó a su *schreiber*, su secretario, que tramitara la tarjeta de identificación del campo de cada prisionero antes de encerrarlos en el Bloque 11.

–*Ich bin Weiss* –dijo al acercarse a la mesa con el tono más desafiante que fue capaz de adoptar.

Se quedó mirando al funcionario y no pudo creer lo que veían sus ojos. En la tarjeta había estampada someramente una única palabra en alemán, «*Gestorben*», y Weiss se encogió al reconocerla. Conocía los fundamentos del alemán porque el yidis deriva de él.

Significaba «muerto».

Al igual que los demás chicos agrupados en el Bloque 11, Weiss era un fantasma viviente. Prestó especial atención al recuento al tiempo que escudriñaba el libro alargado y fino en el que constaban los detalles del cargamento humano de cada bloque. Una vez hechos los cálculos, el funcionario cogió un bolígrafo y trazó una

línea en la página en la que se detallaba los barracones de los chicos.

En la burocracia del asesinato en masa, sus ocupantes habían dejado de existir.

«Todo ha terminado –pensó Weiss–. Nos han tachado de la lista de los vivos».

Para recalcarlo, les negaron incluso lo más básico: pan y agua. La fecha de su ejecución se fijó para el día siguiente, el martes 10 de octubre de 1944.

Sus muertes serían una obscenidad cotidiana enmascarada por la escala y las prioridades estratégicas de la Segunda Guerra Mundial, que se libraba en diversos niveles. El primer ministro británico, Winston Churchill, aterrizó en Moscú ese mismo día, el 10 de octubre, para mantener conversaciones con Joseph Stalin sobre el futuro de Europa. Ese día también las tropas canadienses lanzaron una ofensiva sobre Flandes, en dos de cuyas playas desembarcaron para establecer un segundo frente contra los alemanes.

Asustados por el avance de los Aliados y por su propia y progresiva falta de control civil tras una huelga de treinta mil trabajadores del ferrocarril en septiembre destinada a impedir el desplazamiento de las tropas alemanas, los ocupantes nazis de Ámsterdam cortaron la electricidad. En Auschwitz, los días se medían en lo que los prisioneros denominaban sombríamente el «calendario de Goebbels», en referencia a Joseph Goebbels, el jefe de propaganda nazi.

En un intento de quebrantar su espíritu y subrayar el desdén de los nazis hacia un vínculo cultural y religioso construido a lo largo de generaciones, las exterminacio-

nes en masa más numerosas y simbólicas se llevaban a cabo, de manera intencionada, en los días relevantes y festivos del calendario judío. Alrededor de mil doscientos chicos húngaros fueron enviados a la cámara de gas en Rosh Hashaná, el Año Nuevo judío, y una cifra similar murió en una matanza diez días después, en Yom Kippur, el Día de la Expiación.

Ese año el Simjat Torá, dedicado tradicionalmente al júbilo, la renovación y la resiliencia, cayó el 10 de octubre. Es un momento que señala el final de un ciclo anual de lecturas de la Torá, una combinación de los cinco primeros libros de la Biblia hebrea, y que se celebra bailando en círculos y con una revitalización colectiva de la fe.

Los chicos procedían de hogares religiosos y, para seguir el calendario judío, dependían de la información que difundían sus compañeros creyentes mediante el boca a boca. Algunos intercambiaban preciados pedazos de pan por devocionarios robados, que luego escondían en los barracones o incluso cosían en las costuras de su uniforme a rayas.

Aquellos devocionarios se los habían adquirido a los prisioneros que clasificaban las pertenencias desechadas al desembarcar o bien en las salas para desnudarse, que llevaban a la trampa mortal de la zona de duchas comunitarias, donde las puertas se cerraban y las cápsulas de Zyklon B se dejaban caer por lo general desde el techo. Al contacto con el aire, el gas de cianuro de hidrógeno se liberaba y asfixiaba a los ocupantes.

Los chicos vivían sometidos a las limitaciones cotidianas de su propia mortalidad. En Auschwitz, el tiempo significaba poco, pero también lo significaba todo

porque sabían que tenían las horas contadas. La realidad se había redefinido en el momento en el que los habían separado de sus abuelos, padres y hermanos en medio del trágico caos de la rampa del tren, antes de verlos fundirse con la multitud a la que llevaban hacia la zona de exterminio.

Mengele supervisó al menos setenta y cuatro de esas selecciones y dejó una huella indeleble en los prisioneros. Así pues, no es de extrañar que su salida del barracón esa tarde provocara una respuesta frenética. El terror que los chicos habían reprimido en su presencia se desató y los gemidos aumentaron en volumen e intensidad.

En medio del torbellino de emociones, varios chicos buscaron solaz en los rituales de su religión. Con lágrimas en los ojos recitaron la *vidui*, una oración de confesión que rezan los moribundos. Se trata de una forma de rendición de cuentas espiritual antes de que el alma se reúna de nuevo con Dios. Era la más honda aceptación de que la vida o la muerte de un individuo estaba en manos de Dios. Otros chicos empezaron a dar vueltas dentro del barracón como si ejecutaran la *hakafot*, la tradicional danza circular.

«Todos sabíamos que nos matarían y hablamos del cercano reencuentro con nuestros padres y madres –recordó Chaim Schwimmer–. Yo me puse a rezar, angustiado. Mis lágrimas habrían llenado cinco vasos». Chaim rememoró las palabras de su padre que había escuchado por primera vez al comienzo de la guerra, cuando tenía diez años: «Cree en el Señor y el mal jamás te alcanzará». A pesar de su de esperación, Chaim se contaba entre los que no estaban dispuestos a aceptar con sumisión su destino.